



BIBLIOTECA

2C179

431

V-3

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

## HISTORIA

DE LOS

# GIRONDINOS.

## LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativas de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salud pública.—El toque à rebato.—El 2 de Junio.—Discursos.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

### I

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su mujer, el rumor popular de que en su casa existia un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpetuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolandistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caido. Roland no habia gozado ni aún del beneficio de la caida: el olvido. Era muy temido para que se le perdonase. Creyeron prender en su persona una conspiracion contra la república, y hallar en su casa todos los hilos y toda el alma del partido del federalismo. A las seis de la tarde, miéntras la multitud rodeaba la Convencion y sus amigos luchaban en la tribuna, los seccionarios se presentaron en su casa, intimidándole que les siguiese en nombre del comité revolucionario. Le enseñaron una orden por escrito. «No conozco ese poder en la Constitucion,—respondió Roland,—y no obedeceré voluntariamente las órdenes que emanan de una autoridad ilegal. Si empleais la violencia, sólo podré oponeros la resistencia de un hombre de mi edad; pero protestaré hasta el último suspiro.» «No tengo orden de emplear la violencia,—dijo el jefe de los seccionarios, portador del mandamiento de prision.—Voy á consultarlo con el Consejo municipal, y dejo aquí á mis colegas para que me respondan de vos.»

Madama Roland, llena de toda la indignacion que el sentimiento de la ley violada y de los peligros de su marido le inspira, redacta precipitadamente una carta á la Convencion, pidiendo venganza; escribe ademas otra al presidente, rogándole



que le permita presentarse ella misma á la barra, y entrando en un carruaje de alquiler, se dirige á las Tullerías.

Los patios estaban llenos de gente y de tropa. Cubre su rostro con el velo, temiendo ser reconocida por sus enemigos. Rechazada primero por los centinelas, consigue á fuerza de astucia é insistencia penetrar en la sala de peticionarios, desde donde oye durante algunas horas de angustia el sordo estruendo del salon y los tumultos de las tribunas que ultrajan á sus amigos ó aplauden á sus enemigos. Envía su carta al presidente por medio de un diputado de la Llanura llamado Roze, que la reconoce y protege. Roze vuelve despues de mucho tiempo y le refiere las mociones homicidas que se hacen contra los girondinos, la consternación de este partido, el peligro de las veintidos cabezas proscritas, la imposibilidad en que se halla la Convencion de sustraerse á este combate á muerte para oír y discutir la reclamacion de una mujer, y al ver que insiste, Roze le trae á Vergniaud.

Madama Roland y Vergniaud hablan aparte, miéntras su partido se hunde. «Hacedme entrar, hacedme obtener la palabra,—dice aquella mujer animosa á Vergniaud.—Expresaré esforzadamente verdades que no serán inútiles á la república, y despertarán á la Convencion de su estupor. Un ejemplo de valor puede avergonzar á una nacion.» La elocuencia que en sí misma sentia la ilusionaba acerca de la cobardía de las asambleas. Vergniaud se lamenta de su ilusion, la disuade, le estrecha las manos entre las suyas, como si fuera un supremo adios, y entra enardecido y fortificado en el salon para responder á Robespierre.

Madama Roland sale de las Tullerías, corre á pié á casa de Louvet, cuyo valor apreciaba y queria invocar; éste se hallaba en la Convencion. Al regresar á su casa, le manifiesta el portero que Roland, habiendo burlado la vigilancia de los seccionarios, se habia refugiado en una casa inmediata. Corre á verle, pero ya habia cambiado de asilo; síguele de puerta en puerta, y al fin le encuentra; se precipita en sus brazos, le refiere sus tentativas, se alegra de su libertad, y vuelve á salir para tratar de penetrar en la Convencion.

## II

Hacia ya dos horas que era de noche. Aquella mujer recorre sola las calles iluminadas, sin comprender por el triunfo de qué partido brillaban aquellas luces. Cuando llega al Carrousel, donde poco ántes se hallaban cuarenta mil hombres y se agitaba una muchedumbre inmensa, encuentra la plaza desierta y silenciosa. Sólo algunos escasos centinelas quedan á las puertas del Palacio Nacional. La sesion se habia ya levantado. Interroga entónces á un grupo de descamisados que guardaban un cañon, los cuales le hacen saber, con el acento de una alegría que creian participar con ella, que la comision de los Doce está abolida, habiendo reconciliado este sacrificio á los patriotas; que Paris salvó la república, que el reinado de los traidores ha terminado, y la municipalidad victoriosa no tardará en mandar prender á los veintidos. Entónces se vuelve consternada á su casa, abraza á su hija que estaba durmiendo, y reflexiona acerca de si deberá huir para sustraerse al arresto. El asilo en que estaba oculto su marido no podia contenerlos á ambos, y el único á que podia recurrir hubiera suscitado contra su virtud calumnias más temidas por su pureza que la muerte. Decidióse á esperar su suerte y arrostrarla

en medio de su vida de esposa y de madre. Tiempo hacia que habia aguerrido á su alma contra la persecucion y el asesinato. Su corazon, devorado por una doble pasion, un amor sin debilidad y un patriotismo desesperado, no le presentaba en la muerte sino un asilo para su virtud y una brillante inmortalidad para su nombre. Sólo sentia perder la vida por su hija, en cuya alma veia brotar el gérmen de sus talentos, con una razon más fortalecida y más serena para dominar sus pasiones. Tenia amigos seguros á quienes poder legar este tesoro de una madre. Tranquila en cuanto á esto, estaba dispuesta para cualquier acacimiento. La sangre de otra Lucrecia no amedrentaba su imaginacion, con tal que tiñese la bandera republicana. Resuelta á esto, se sentó para escribir á Roland los resultados de su



Prision de madama Roland.—Pág. 7.

jornada. Abrumada por el cansancio y las angustias en que habia pasado el dia, acababa de dormirse, cuando algunos miembros de la seccion penetran en su morada y hacen que su doncella la despierte. Se levanta sobresaltada, y comprendiendo de antemano su suerte, se viste con decencia y hace un lio con sus vestidos más necesarios, como si se despidiera para siempre de su casa. Los seccionarios, que la estaban esperando en la sala, le presentan la orden de prision dada contra ella por la municipalidad. Sólo pide un minuto para informar por medio de una carta á un amigo suyo de su situacion y encomendarle su hija. Se lo conceden; pero habiendo insistido el jefe de los seccionarios en ver lo que escribia y saber el nombre del amigo á quien se dirigia, rasgó indignada la carta, prefiriendo desaparecer sin despedirse, á denunciar una amistad que se consideraria como un crimen en la persona á quien estimaba.

Al amanecer fué arrebatada á su hija y á sus criados afligidos. «¡Cuánto os quieren!»—le dijo con asombro uno de los seccionarios, que nunca habia visto en



la mujer bella y sensible más que el jefe de un partido odioso y calumniado. «Es porque yo también los quiero», —le respondió con tierna altivez madama Roland.

La introdujeron en un coche rodeado de gendarmes. El pueblo, amotinado desde por la mañana por el espectáculo de aquella prision, seguía el coche gritando: ¡A la guillotina! Al vulgo le gusta verlo caer todo. Un comisionado de la municipalidad preguntó á madama Roland si deseaba que se bajasen los cristales para sustraerse á aquellas miradas y aquellos gritos. «No, —dijo:— la inocencia oprimida no debe tomar la actitud del crimen y de la vergüenza. No temo las miradas de los hombres de bien, y arrostro las de mis enemigos.» «Teneis más carácter que muchos hombres, —le dijo el comisario;— sin duda confiais en que se os hará justicia.» «¡Justicia! —respondió ella.— Si la hubiera, no estaria yo aquí. Iré al cadalso, del mismo modo que voy á la cárcel. Desprecio la vida.» Las puertas de la cárcel se cerraron tras ella, pareciendo entrar consigo en aquel calabozo todas las faltas, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos y todo el heroísmo de su partido. La historia la seguirá para contemplarlos.

## III

La sesion del dia siguiente, 1.º de Junio, en la Convencion sólo se ocupó con la lectura de la proclama del comité de salud pública al pueblo frances, leída y redactada por Barere. Esta proclama, que llevaba impreso el carácter de debilidad y ambigüedad de los sucesos y de los hombres, excusaba la insurreccion como una feliz ilegalidad del pueblo de Paris, y presentaba á los girondinos como representantes de una virtud demasiado rígida, cuyos errores habia reparado la Convencion, pero cubriéndolos sin embargo con su inviolabilidad. La municipalidad, embriagada de su victoria, hablaba con más imperio, y se reunia para acabar con sus enemigos. El corregidor Pache no fingia ya vituperar al comité insurreccional del Arzobispado. «Vengo —decia— del comité de salud pública, adonde he sido llamado, y lo he hallado en las mejores disposiciones, como os lo atestiguará Marat que estaba allí. Marat pide que escuchéis sus consejos en estas graves circunstancias.»

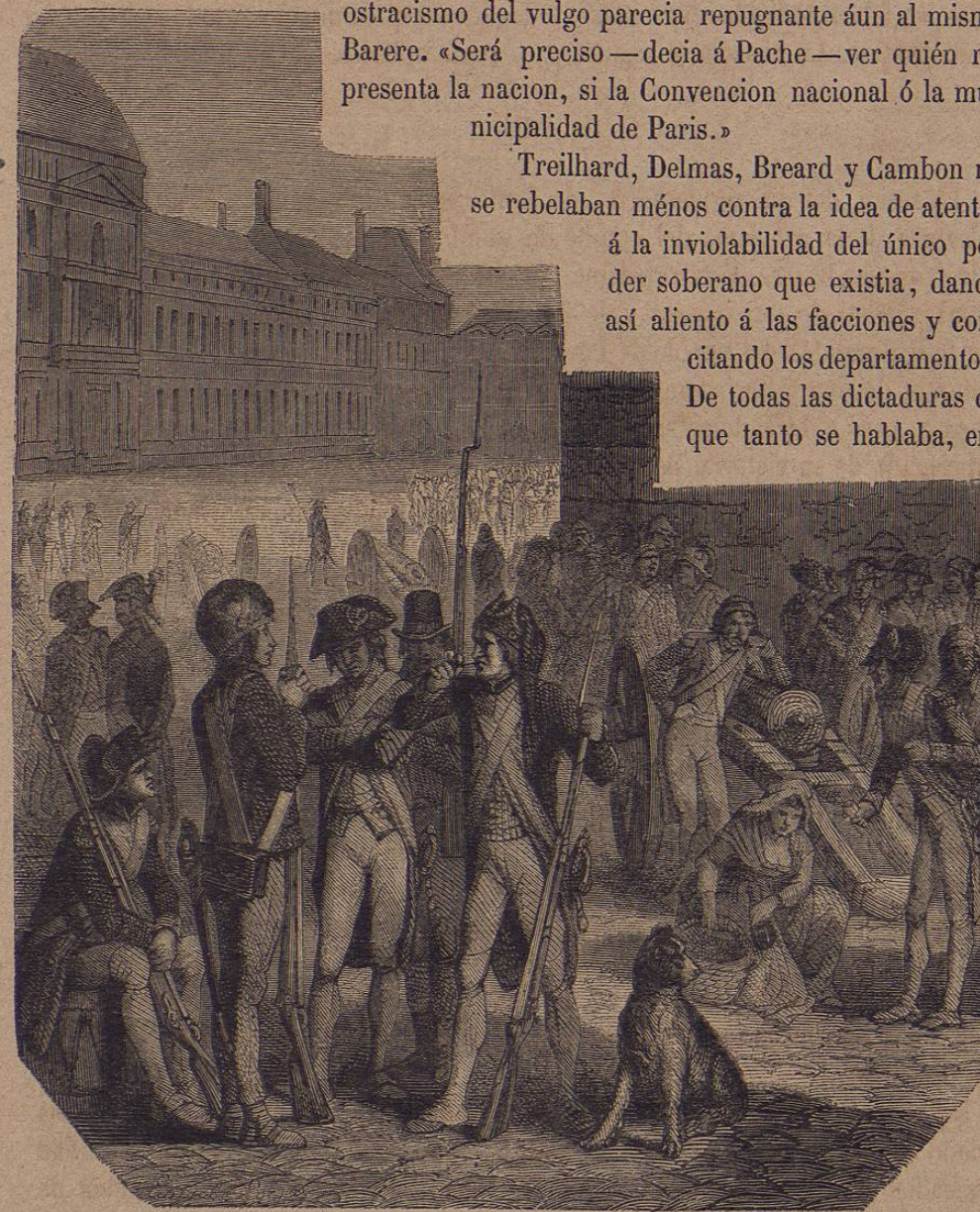
Marat se presenta en efecto en la tribuna. «¡Levántate, pueblo soberano! — exclama.— Sólo tienes recursos en tu propia energía; tus mandatarios te venden. Preséntate á la Convencion, lee tu representacion, y no abandones la barra hasta haber obtenido una respuesta, despues de lo cual obrarás de una manera conforme á nuestros derechos é intereses. Este es el consejo que tenia que darte.» A la voz de Marat, el ayuntamiento obediente nombra doce comisionados, seis de su seno y otros seis del comité insurreccional, para llevar la representacion á la Convencion. El presidente da las gracias á Marat por haber venido á comunicar su energía á la municipalidad. Se votan las medidas de levantamiento en masa del pueblo de Paris, el sueldo de los descamisados, el toque á rebato, la generala y el cañonazo de alarma.

Entre tanto deliberaba por su parte el comité de salud pública, al cual habia enviado el decreto de la Convencion todos los poderes y toda la responsabilidad arrancados la víspera á la comision de los Doce. Se componia entónces aquél de una mayoría de montañeses y de algunos diputados neutrales de la Llanura. El

comité de salud pública deliberaba en secreto, y no tenia más que nueve miembros: Barere, Delmas, Breard, Cambon, Robert Lindet, Guyton de Morveau, Treilhard, Lacroix (de Eure-et-Loire) y Danton. En aquel comité, investido repentinamente de una dictadura inesperada, fluctuaba Barere como siempre, y Danton dominaba como en todas partes. El comité, informado por sus agentes de las resoluciones de la municipalidad y del proyecto de prender á los veintidos, pasó la noche y una parte del dia en deliberaciones. Llamó á su seno á Pache, á Garat, ministro del Interior, y á Bouchotte, ministro de la Guerra, hechura de Pache. Las noticias eran temibles, los dictámenes vacilantes, los ánimos estaban indecisos entre el peligro de rehusarlo todo á la municipalidad, ó el de prestarle la mano de la Convencion para mutilarse ésta á sí misma. Pache, Bouchotte y Garat ya no disimulaban al comité que la prision de los veintidos era la única medida que pudiese calmar la fermentacion de Paris. Esta cruel necesidad de inmolar á sus colegas al

ostracismo del vulgo parecia repugnante áun al mismo Barere. «Será preciso —decia á Pache— ver quién representa la nacion, si la Convencion nacional ó la municipalidad de Paris.»

Treilhard, Delmas, Breard y Cambon no se rebelaban ménos contra la idea de atentar á la inviolabilidad del único poder soberano que existia, dando así aliento á las facciones y concitando los departamentos. De todas las dictaduras de que tanto se hablaba, era



Alrededores de la Convencion el 2 de Junio, 1793.—Pág. 12.



aceptar la peor: la dictadura de las sediciones. Lacroix, franciscano fanático, adicto á Danton como al genio de la república, no se atrevía á emitir su parecer ántes que hubiese hablado su señor, temiendo equivocarse de crimen. El mismo Danton parecía estar indeciso por la vez primera. Lo escuchaba todo, concentrando las reflexiones en su alma y encubriendo su pensamiento, por lo comun tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad. Pero habia en su inmovilidad y silencio más aflicción que encono. Su fisonomía parecía revestirse de antemano con el luto de la república.

Garat se lamentaba junto á Danton de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las siniestras consecuencias de semejante sacrificio hecho á la fuerza brutal de las masas. Despues, como iluminado de pronto por uno de aquellos repentinos relámpagos que dan alguna luz en medio de la oscuridad, exclamó: «No veo más que un medio de salvacion; pero exige un heroísmo que no se puede esperar en estos tiempos corrompidos». «Habla,—dijo Danton;—nuestras almas se encuentran á la altura de todos los tiempos; la revolucion no ha degradado la naturaleza humana.» «Pues bien,—replicó Garat con timidez, como un hombre que mide el abismo del corazon de otro sin saber si hallará en él el crimen ó la virtud,—acuérdate de las disensiones de Temístocles y Arístides, que estuvieron á punto de destruir su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Arístides halló la salvacion del pueblo en su grandeza de alma. «Atenienses,—dijo al pueblo que se dividia entre él y su rival,—no tendreis sosiego ni felicidad mientras no precipiteis á la vez á Temístocles y á mí en el abismo donde arrojaís á vuestros criminales...» «Tienes razon»,—exclama Danton, comprendiendo la alusion ántes que Garat la aplicase á las circunstancias. Y levantándose como un hombre que encuentra la salvacion y la abraza, añade: «Tienes razon. Es preciso que la unidad de la república triunfe si es necesario sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos desterremos en número igual de la Convencion, para restituirle la fuerza y la paz. Corro á proponer este partido á nuestros heroicos amigos de la Montaña, y yo me ofrezco el primero á presentarme en rehenes á Burdeos».

Todo el comité, arrastrado por el entusiasmo de la accion y de las palabras de Danton, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio á los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando la victoria sino al patriotismo. Garat veía en él la terminacion de una lucha que intimidaba su debilidad; Barere, una continuacion de equilibrio entre las facciones; el mismo Pache, un camino para la suprema magistratura de la república, que se meditaba para él con el título de *gran juez del pueblo*; Danton, por último, un acto de sacrificio personal que ampararía su nombre contra las acusaciones de Setiembre, una prueba de desinterés patriótico que le engrandecería aún en la imaginacion del vulgo, y le daría á fuerza de aprecio esa direccion suprema de la revolucion que aún no habia podido conquistar á fuerza de popularidad.

Pero el entusiasmo se evapora enfriándose, y las resoluciones improvisadas en un consejo, son raras veces adoptadas por la pasion de una gran asamblea. Danton arrastró á algunos amigos, y los demas pidieron tiempo para reflexionar. Hizo tantear á Robespierre, pero éste, más político y ménos generoso, habló friamente de las ilusiones de Danton, y las desvaneció á los ojos de sus amigos. «Su lógica no

le permite abdicar su poder,—dice,—porque no le tiene, sino el encargo del pueblo que le ha enviado al puesto en que queria morir. No se trata de mí,—añade,—sino de mis ideas, que son las del pueblo y del tiempo. No tengo el derecho de abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero yo no la daré. Por otra parte,—añadió,—el abismo de Arístides no es más que un sofisma puro. O Arístides cree que es perjudicial á su patria, y en ese caso debe precipitarse él mismo, ó piensa que la salva, y entónces debe precipitar á sus enemigos: ésa es la lógica. El heroísmo de Danton no es más que la ternura de un corazon débil que cede ante el deber y entrega la revolucion por una lágrima.»

Paralizados por la inflexibilidad de Robespierre Danton, Barere, Lacroix y Garat, se vieron obligados á renunciar á este proyecto, y no hallaron salvacion para la Asamblea sino en la abdicacion pronta y voluntaria de los veintidos. Se esforzaron en convencer á los diputados designados de la necesidad de sacrificarse ellos mismos á la unidad de la república. El patriotismo y el miedo les ayudaron á convencer á cierto número; pero la masa y los jefes prefirieron esperar el crimen y dejarle todo su horror ántes que debilitarle previniéndole. Como Robespierre, respondieron á los negociadores del comité de salud pública: «Que tomen nuestras cabezas; sólo las ofrecemos á la república, pero no á nuestros asesinos».

## IV

El comité de ejecucion se hallaba desde entónces en sesion permanente en el ayuntamiento, en una sala inmediata á la del Consejo de la municipalidad. Se componia de Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzman, satélites todos de Marat. Este les inspiró la idea de hacer retrogradar hácia Paris los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendée, para cercar la Convencion y bloquearla hasta que hubiese entregado los veintidos y la comision de los Doce. Mientras que los emisarios del comité insurreccional partian para hacer volver los batallones, se oyó de nuevo el toque á rebato en los campanarios de Paris, y el tambor de las secciones batió generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, se reunieron por la última vez, no ya para deliberar, sino para estrecharse y fortificarse contra la muerte. La extremidad del peligro y la imposibilidad de retardarlo, el encono del pueblo, que ya no distinguía matices entre ellos, confundiéndolos á todos en las mismas imprecaciones, los envolvían en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa aislada de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores y del movimiento de los cañones y arzones que Henriot hacía conducir á la Convencion. Aquellos ruidos siniestros no les arrebataron ni la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazon, ni aún los rasgos de alegría que aquellas almas intrépidas se complacian en manifestar en sus últimas entrevistas, como una provocacion á la fortuna ó como halagos á la muerte. Aceptaron su destino, ciñéndose á discutir al fin de la comida sobre la actitud con que les convendría someterse á él, no por su propia salvacion, sino como un ejemplo que debían dejar á la república. Algunas palabras sublimes se oyeron, las cuales quedaron sepultadas en el silencio aquella noche. Todos podían huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Petion, tan débil contra la popularidad, fué intrépido contra la